



## **“NI UNA MUERTE MÁS: MANIFIESTO POR UNA HUMANIDAD EN PAZ”**

La humanidad ha llegado a un punto crítico de su historia: poseemos el conocimiento, la tecnología y la capacidad de cooperar como nunca antes, y sin embargo seguimos tolerando la muerte como consecuencia de la guerra y la violencia. Este manifiesto es un rechazo frontal a esa contradicción. No es una reflexión tibia ni un deseo abstracto: es una postura firme. No debe morir una sola persona más por conflictos que nosotros mismos hemos creado y perpetuado.

Cada vida humana es irrepetible. No hay ideología, frontera, religión ni interés económico que pueda justificar la pérdida de una sola de ellas. Durante siglos se nos ha enseñado a aceptar la guerra como un mal inevitable, como parte inherente de nuestra naturaleza. Esa narrativa ya no se sostiene. Hoy sabemos que la violencia organizada no es un destino, sino una decisión. Y como toda decisión humana, puede cambiar.

La sociedad global moderna no puede seguir funcionando bajo la lógica de la confrontación. La interdependencia entre naciones es evidente: lo que ocurre en un lugar del planeta repercute en todos los demás. Persistir en la violencia es, en esencia, un acto de autodestrucción colectiva. La paz no es solo un ideal ético; es una necesidad práctica para la supervivencia de la humanidad.

Rechazamos la normalización de la muerte en los discursos políticos, en los medios de comunicación y en la cultura popular. Cada cifra de víctimas esconde historias, familias, sueños truncados. Reducirlas a números es una forma de deshumanización que facilita la continuidad de la violencia. Este manifiesto exige que recuperemos la sensibilidad, que volvamos a ver al otro como un igual, no como un enemigo.

Promover la paz no significa ignorar los conflictos, sino transformarlos. La fraternidad no implica uniformidad, sino reconocimiento de la diversidad dentro de un marco de respeto mutuo. La solidaridad no es caridad ocasional, sino compromiso constante con el bienestar común. Estos valores deben dejar de ser consignas y convertirse en principios rectores de nuestras instituciones, nuestras políticas y nuestras acciones cotidianas.

Es responsabilidad de los Estados, pero también de los ciudadanos. No podemos delegar completamente la construcción de la paz en los gobiernos mientras toleramos discursos de odio, discriminación o indiferencia en nuestra vida diaria. La violencia estructural comienza en lo pequeño: en la forma en que hablamos, en cómo tratamos a quienes son diferentes, en lo que permitimos sin cuestionar.

La educación juega un papel central en este cambio. Necesitamos formar generaciones que no solo comprendan la historia de los conflictos, sino que desarrollen herramientas para resolverlos sin recurrir a la violencia. La empatía, el pensamiento crítico y la cooperación deben ser pilares fundamentales en todos los sistemas educativos del mundo.

Asimismo, es urgente replantear las prioridades económicas. Mientras se destinan recursos inmensos a la industria armamentista, millones de personas carecen de lo básico para vivir con dignidad. Este desequilibrio no es solo injusto; es insostenible. Invertir en salud, educación, desarrollo sostenible y cooperación internacional es invertir en paz.

Este manifiesto no pretende ser ingenuo. Sabemos que existen tensiones reales, intereses contrapuestos y heridas históricas profundas. Pero también sabemos que la violencia no las resuelve; las agrava. Apostar por la paz no es elegir el camino fácil, sino el más valiente y el único verdaderamente viable.

No más muertes. No más excusas. No más indiferencia. La humanidad tiene la capacidad de redefinir su rumbo. La paz, la fraternidad y la solidaridad no son utopías inalcanzables, sino decisiones que deben tomarse aquí y ahora. El futuro depende de ello.